

Javier González Fernández entrevista a Antonio Rico

Antonio Rico asaeta un día sí y otro también desde el diario *La Nueva España* a casi todo lo que se mueve dentro de la televisión, es decir a todo lo que se mueve en el mundo. Uno y trino, filósofo por partida doble, psicólogo, periodista, detective..., pero ante todo partera y comadrona al viejo estilo socrático. Irónico, “mayéutico” (véase, por ejemplo la respuesta a la pregunta sexta), venenoso siempre. El tábano astur no abandona su aguijón ni para responder a una entrevista cibernética, como podrá comprobar el afortunado lector que se acerque hasta estas páginas. Si a partir de ellas éste es capaz de parir alguna reflexión alejada de los lugares comunes y de las bobadas al uso que suelen hacerse sobre la televisión y sobre “todo lo que se mueve en el mundo”, el objetivo estará cumplido.

- 1 Querido Antonio, empezaré, si me lo permites, por una pregunta casi ofensiva (risas enlatadas). Tener una sección fija de crítica televisiva en un periódico no es la excusa perfecta para “tragarse” toda la televisión que uno desee (incluyendo, por supuesto, bodrios y subproductos de variado género y condición) y al mismo tiempo ofrecer un perfil intelectual? o, dicho de otro modo, ¿no es la excusa perfecta para, simplemente, ver la tele sin quedar bajo sospecha en círculos de cultuquetas y afines?**

Me gusta ver la tele. Me gusta mucho. Accidentalmente, escribo crítica televisiva, pero esencialmente soy un espectador. El espectador hizo al crítico, no al revés.

Como crítico, tengo que ver programas que odio o que me dan náuseas: “Cuarto milenio”, “Aquí hay tomate”, “Corazón de invierno” (o de la estación que toque), “Escenas de matrimonio”, “Mira quién cojones baila ahora” (o algo así)... Lo hago, escribo un artículo y alguien lo lee. Pero que haya programas que no me gustan no quiere decir que no me guste la tele. Ya digo que me gusta mucho. ¿En círculos



culturetas se sigue diciendo, como hacía Groucho Marx, que cuando alguien enciende la tele yo abro un libro? Qué antiguo. Y qué tontería. Sé que hay quienes miran la tele por encima del hombro y afirman sintiéndose superiores que no ven la tele porque no tiene nada que ofrecerles que valga la pena. Desde luego, es una pose desconcertante.

Nadie se atreve a mirar por encima del hombro a los demás mientras pregona que no lee porque los libros son muy malos y no tienen nada que ofrecerle. Hay muchos, muchísimos libros malos; pero lo que hay que hacer no es dejar de leer porque cuando nos acerquemos a una librería el escaparate esté repleto de manuales de autoayuda o de novelas de usar y tirar. Habrá que seguir defendiendo lo estupendo que es la lectura y aprender a escoger qué cosas vale la pena leer entre miles y miles de libros que no nos interesan. Nadie se atreve a mirar por encima del hombro a los demás mientras pregona que no ve cine porque las películas son muy malas y no tienen nada que ofrecerle. Hay muchas, muchísimas películas malas pero lo que hay que hacer no es dejar de ver cine porque cuando nos acerquemos a unos multicines la cartelera esté repleta de cintas que sólo ofrecen efectos especiales sin ton ni son o películas de usar y tirar. Habrá que seguir defendiendo lo estupendo que es el cine y aprender a escoger qué cosas vale la pena ver entre miles y miles de películas que no nos interesan. ¿Por qué la tele es diferente a la lectura o el cine? O la música, o navegar por internet, o pasear. Pasear por una autopista, además de ilegal, es horrible, pero eso no quiere decir que haya que quedarse siempre en casa.

No sé exactamente qué es un “perfil intelectual”, pero si ese perfil incluye una nariz que no huele la tele, o un ojo que no ve un partido de fútbol, o una oreja que no escucha canciones de Fito y los Fitipaldis, o una mejilla que no es acariciada por las mismas manos que acarician la mejilla de James Bond, no tengo ese perfil. Aunque no niego que tengo mucha cara.

- 2 El reciente asesinato de Svetlana por Ricardo Navarro ha vuelto a poner en el punto de mira al programa *El diario de Patricia*. Has hablado largamente del asunto en tu sección. Como bien sabes, no es el primer asesino o agresor que utiliza**

un plató de televisión como antesala de un crimen. Recuerdo el caso de Mariano Navas en 2005, Andrés Reyes en 2004, Luis Patricio Andrés en 1999 y algún otro. ¿Es suficiente la existencia de un código de autorregulación sobre formatos y contenidos en la televisión, como defienden las cadenas y los programadores, o, por el contrario, es exigible una intervención directa del gobierno en el asunto?

Un código de autorregulación no es ni será nunca suficiente. Por supuesto, la industria televisiva siempre dirá que la autorregulación es lo mejor porque, en la práctica, supone la ausencia de cualquier forma de regulación eficaz que, para serlo, debe ser externa. Ser juez y parte siempre fue el sueño del juzgado. De hecho, no se me ocurre ninguna industria que, si se le diera la oportunidad, no defendiera la ausencia de normas y leyes externas y su sustitución por códigos de autorregulación. La industria armamentística podría generar hermosísimos e inútiles códigos de autorregulación. Y la de hidrocarburos y derivados. Y la tabaquera. Y tantas y tantas, pero por aquí sería especialmente feliz la constructora (y destructora). La floreciente industria de la adivinación, tarotistas, brujos, chamanes y videntes sería un bonito ejemplo de autorregulación: todos garantizan que ellos son honrados y que nadie externo debe fiscalizar su trabajo porque sus clientes los creen y les va bien con ellos. Ya se sabe: los de fuera no hacen más que fastidiar, b estropean todo y lo dejan perdido lleno de “energía negativa”.

En realidad, la autorregulación equivaldría a la defensa del libre mercado, un “sálvese quien pueda” que habrá quien defienda, pero a nosotros se nos hace difícil conceder que la industria alimentaria, por ejemplo, pueda vender los alimentos que desee y se autorregule de forma que sea la libre competencia quien determine cuáles son los alimentos tóxicos y cuáles no. Lo mismo debe ocurrir con los juguetes, los hoteles o los servicios sanitarios. Deben estar regulados por el Estado de forma que el consumidor no esté indefenso ante las cada vez más poderosas industrias. Y, por supuesto, debe existir una capacidad para premiar a quien cumpla y para sancionar a quien incumpla las normas. Y ojo: en la tele, la práctica de la contraprogramación, el exceso de publicidad y la industria del teletocillo nos enseñan que una multa por un valor inferior al beneficio que se obtiene con el incumplimiento de la norma es en realidad un incentivo.



Establecer en qué sentido debe intervenir el Estado es, sin duda, un asunto delicado, pero si somos capaces de ponernos de acuerdo respecto al Código de la circulación, los derechos sanitarios o qué debe enseñarse en el sistema educativo, deberíamos poder hacer lo mismo con lo que enseña ese poderoso sistema educativo que es la televisión.

3 La televisión, como cualquier negocio, exige beneficios. Para obtenerlos recurre al espectáculo. En el rentable ejercicio de convertirlo todo en espectáculo no parece que las cadenas pongan freno. Pues bien, en este contexto, el tan socorrido concepto de “telebasura”, ¿designa algo real o indica un simple *flatus vocis*? ¿Podríamos hablar, en concomitancia con aquélla, de la existencia de un “espectador basura”?

Obviamente, "telebasura" es un término surgido en el fragor de las polémicas acerca de los medios de comunicación, y él mismo forma parte del mundo del espectáculo al que al menos en parte parecería oponerse. Es un neologismo muy expresivo, que mezcla unos lexemas muy alejados entre sí, -"tele" y "basura"-, y que inmediatamente puede comenzar a ser usado por la ciudadanía sin la menor reflexión rigurosa acerca de su significado, dada la intensidad emotiva de su uso. Y, de hecho, así ha sido. En este sentido, el concepto de "telebasura" forma parte del mismo cultivo, -mejor "cultivo" que "cultura"-, que la telebasura. No estoy puesto en ello, pero tengo entendido que cuando se intenta analizar el significado preciso del concepto entonces la cosa empieza a no estar tan clara, y a necesitar de muchos matices y subcategorías. Desde luego, si el significado de un término es su uso, entonces parece claro que "telebasura" designa el conjunto de contenidos televisivos que desagradan al hablante, especialmente en el caso de los hablantes que gustan de creerse intelectualmente superiores a los demás.



Lo del "espectador basura" nunca se me había ocurrido. Es una idea excelente. Desde luego, si objeto y sujeto forman un par dialéctico cuyos términos se piden mutuamente, entonces no cabe duda que la existencia de una televisión basura exige a un espectador basura. Claro, hablar de "espectador basura" puede resultar terriblemente impopular y atentar contra toda corrección política, pero ¿acaso se puede defender que los programas basura son vistos por espectadores "de luxe"? Magnífica idea, ¿la puedo utilizar en un "En Canal"?





- 4 Por supuesto. Utilízala y explótala cuanto quieras. A propósito del programa *Dónde estás corazón* utilizabas en un artículo reciente expresiones como “cotilleo mezquino”, “basura ideológica” y “prostitución emocional”. Que hay muchos programas que se pueden calificar de manera similar parece evidente. Ahora bien, ¿cómo describir a los informativos (telediarios) que dedican buena parte de su tiempo (muchas veces buena parte de su cabecera) a relatar noticias de sucesos escabrosos o macabros con la peregrina excusa de que así se difunden y dan a conocer, por ejemplo, la “violencia de género” o el “abuso de menores”?**

Claro, claro, pues exactamente igual. El crecimiento de la sección de "Sucesos" en los informativos televisivos es aterrador. Todos lo hacen, aunque todavía no todos los hacen por igual. Por ejemplo, los informativos de Telecinco son una auténtica vergüenza en este aspecto. Sólo falta que salga Hilario Pino disfrazado de ciego harapiento recitando los sucesos en romances mientras señala con un puntero una piel de vaca en donde están garabateadas imágenes de lo que se está narrando.

- 5 Alain de Botton, autor, entre otras obras, de *Cómo cambiar tu vida con Proust* (1999) o *Las consolaciones de la filosofía* (2000), presentó en el Canal 4 de la televisión británica la serie *Philosophy*. No es la única iniciativa habida en este sentido. Por otra parte, jamás ha habido tantas obras escritas de divulgación filosófica ni tanto autores afanados en esa empresa (Jostein Gaarder, Lou Marinoff, el propio Botton, o, en España, Fernando Savater, Javier Sábada, José Antonio Marina, Xavier Rubert de Ventós, Josep Muñoz Redon, etc.). Tú mismo, querido Antonio, has demostrado que se puede filosofar y hacer crítica televisiva a un tiempo. Pues bien, ¿podría cuajar en España un programa televisivo de divulgación filosófica? Y, si así fuera, ¿qué formato podría tener?**

“Los Simpson” es un programa de divulgación filosófica: no hay un solo tema del programa de Historia de la Filosofía de 2º de bachillerato que no se pueda ilustrar con un capítulo protagonizado por la familia más amarilla y genial de la historia de la televisión. El ácido doctor House busca la verdad a través del diálogo socrático, y en el preestreno en Cuatro de la nueva temporada hasta vimos cómo el doctor hacía una exploración ginecológica, en un homenaje definitivo a la mayéutica socrática. House es un Sócrates con bastón. Es difícil ver “Otros Pueblos” sin pensar en Protágoras de Abdera. Los presocráticos le meterían un buen meneo a Iker Jiménez. Pocholo de Ibiza



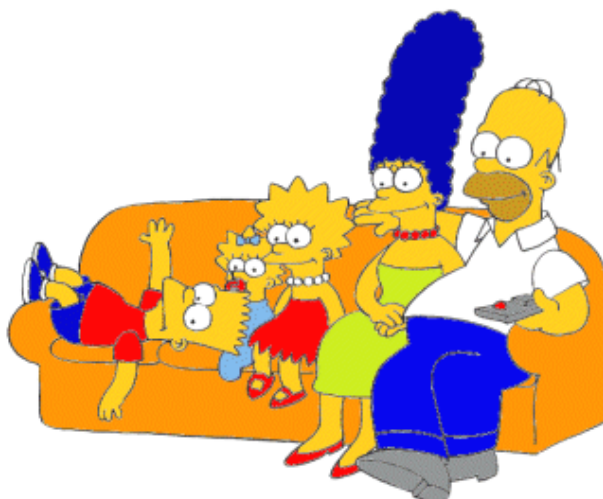
podría ser el nuevo Diógenes de Sinope porque hace lo que quiere, como quiere y cuando quiere. Pocholo es un Diógenes con autocaravana. “Matrix” es Platón y Descartes en plan ciberpunk. Es imposible escuchar a un cocinero televisivo (Arguiñano quizás sea la excepción) sin acordarse de Hegel. Andrés Montes, el rey del “tiki-taka”, es el Aristóteles de los comentaristas deportivos. ¿Divulgación filosófica? Toda la programación televisiva es pura divulgación filosófica, y mal futuro tendría la filosofía si no fuera así.

No hace falta un programa de divulgación filosófica porque, si lo hubiera, se convertiría en uno de esos infumables (¿todavía se puede decir “infumable”, o es políticamente incorrecto?) programas de libros. Dicen Santiago Escudero y Vicente Domínguez, dos estupendos profesores de la Facultad de Filosofía de Oviedo, que hoy Platón haría cine. Desde luego, Platón nunca presentaría un programa de divulgación filosófica titulado, por ejemplo, “Aló la Academia”. Y si Platón nunca lo haría, ¿quién se atrevería a hacerlo? No vale decir Sánchez Dragó.

- 6 En nuestra revista se puede decir “infumable” y cuanto al entrevistado o articulista le venga en gana. No obstante, sospecho que la afirmación “toda la programación televisiva es pura divulgación filosófica” es exagerada. Admito que *Los Simpson* son filosofía *stricto sensu*, pero afirmar por ejemplo que Pocholo es un nuevo diógenes parece, en el mejor de los casos, hiperbólico, aunque sólo fuera – y es una diferencia filosófica muy relevante– porque el cínico griego hacía de la pobreza una bandera y nuestro macarrilla está sencillamente forrado (aunque de vez en cuando haga del *look* mochilero su maquillaje máspreciado). En otro orden de cosas, cuando se habla de la calidad de la televisión que tenemos siempre se plantea una vieja polémica que enlaza críticamente a la oferta con la demanda. Recogiendo esa polémica me pregunto, ¿se oferta lo que realmente demanda las masas o la masas acaban demandando lo que se le oferta en razón del conocido principio según el cual la oferta siempre genera una demanda específica? En definitiva, ¿tenemos la televisión que nos merecemos?**

Es, efectivamente, una polémica viejísima. En mi opinión, la relación entre la oferta y la demanda es dialéctica. Es decir, se ofrece lo que la gente pide y la gente pide lo que se le ofrece. Es algo parecido a lo de

la gallina y el huevo. ¿Quién fue primero, "Gran Hermano" o sus espectadores? En la época de las cadenas de televisión únicas, una emisión de "Estudio 1" con una obra de Chéjov podía tener 16 millones de espectadores que quedaban perfectamente satisfechos de lo que habían visto, pero también es cierto que si en ese preciso momento, -justo en la mitad de una estremecedora representación de "Tío Vania"-, hubiera aparecido otra cadena que emitiera un programa sobre extravagancias sexuales de famosos no quedaba viendo a Chéjov ni el Tato. La gente ve lo que le echan con igual satisfacción, y cuando puede elegir opta por los contenidos más simples, más inmediatamente llamativos, que apelan a contenidos más rudimentarios, a pasiones más elementales y más fáciles. Las cadenas emiten lo que les sale más barato emitir, da igual que sea de mayor o menor calidad, y cuanto tienen que competir entre sí para lograr audiencia optan por los contenidos simples, rudimentarios, pasionales y elementales a los que me referí antes. En una sociedad capitalista con medios de comunicación empresariales, mercantiles y competitivos, tanto las cadenas como los espectadores están de acuerdo en emitir y ver, respectivamente, "Aquí hay tomate".



- 7 Sabido es que las dictaduras utilizaron y utilizan la televisión para distraer la atención de los verdaderos problemas de la población. Ya lo hizo antaño Franco y lo hace ahora Hugo Chávez. En países como el nuestro, regulados por democracias liberales y economías capitalistas, donde saciados de pan ya sólo queda montar el circo, ¿no se ha convertido la televisión en un “arma de distracción masiva” de una manera enteramente análoga a como sucede en las tiranías?**



“Pan y circo” es una afortunada sentencia del poeta Juvenal que describía perfectamente la situación de la plebe romana en tiempo de los Césares. Es cierto que miles de romanos recibían gratuitamente trigo y aceite, además de grandiosas fiestas y espectáculos pagados por el emperador y los altos magistrados. Como dice J. Carcopino, los Césares no querían que la plebe romana bostezara de hambre ni de aburrimiento. ¿Nada ha cambiado desde entonces? Varrón decía que los campesinos abandonaban la hoz y el arado y preferían servirse de sus manos para aplaudir en el teatro o en el circo, antes que segar o vendimiar. Nosotros, el proletariado (o la plebe, si preferimos decirlo así), ¿hemos abandonado la hoz y, ejem, el martillo y preferimos servirnos de nuestras manos para aplaudir los goles de Ronaldinho o los bailes de famosos en “¡Mira quién baila!”?

A diferencia de la plebe romana, nosotros tenemos que ganarnos el pan y el aceite con el sudor de la frente. No es lo mismo. En el anfiteatro de Roma se repartían entre los asistentes (en el Coliseo cabían 50.000 romanos) premios y se hacían sorteos. Como en la tele. ¿La diferencia entre la antigua Roma y las modernas democracias está no el circo, sino en el pan? ¿La televisión es el nuevo Coliseo? En la película



“Gladiator”, el senador Graco dice: “El corazón de Roma no es el mármol del Senado, sino la arena del Coliseo”. ¿El corazón de la democracia no es la moqueta del Congreso de los Diputados, sino la arena de “Tengo una pregunta para usted, señor presidente”? En el mundo romano, las carreras en el circo y los combates de gladiadores en el anfiteatro servían para difundir una determinada ideología y para encauzar o desviar el desencanto social. ¿Los actuales medios de comunicación y entretenimiento de masas cumplen esas mismas funciones? ¿La televisión, por ejemplo, es una máquina de propaganda ideológica y una especie de “opio del pueblo”? ¿Los paralelismos entre la arena del Coliseo y los programas de televisión son sólo ejercicios de estilo, o una inquietante realidad?

En el Coliseo, la plebe que, a diferencia de los senadores, no tenía asientos reservados, se veía obligada a llegar muy pronto para coger sitio. Hoy, todos tenemos nuestro asiento reservado en el sofá del salón. ¿Somos senadores en el Coliseo? ¿Padres de la patria gritando “¡gol!”, observando el comportamiento de los concursantes de “Gran Hermano”, tomando conciencia (y ojalá también conducta) de los problemas del cambio climático e informándonos del tiempo que hará el fin de semana? ¿Votantes practicando la democracia audiovisual? Saciados y divertidos, ¿permitimos que los Césares sigan siendo Césares pero con corbata?

No he contestado a tu pregunta, lo sé. Pero a lo mejor los lectores sí han contestado.

- 8 Sabes más bien que has contestado a la pregunta meridianamente. Y nuestros lectores, precisamente porque leen, lo habrán hecho también. Antonio, pienso que sería falso afirmar que la televisión es elitista. Por un módico precio cualquiera puede visionar en su hogar múltiples canales de las más variadas temáticas. Para ello tenemos la televisión digital, la televisión por cable, la TDT, etc. Juguemos a demiurgos e imaginemos que estamos en el “mejor de los mundos posibles”, que tan caro era a Leibniz. Pues bien, ¿en qué proporción se repartirían y por qué cada una de las siguientes posibles funciones de la caja (no tan tonta): informar, entretener, divertir y distraer?**

¿Hay que imaginar que estamos en el “mejor de los mundos posibles”? Entonces la respuesta es fácil: las funciones de la caja lista (es decir, el televisor) se repartirán de la siguiente manera: informar: 100%, entretener: 100%, divertir: 100%, distraer: 100%. Siguiendo a Leibniz, que en sus *Ensayos de Teodicea sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal* dice que de la suprema perfección de Dios se sigue que Dios ha elegido el mejor plan posible, donde hay la mayor variedad con el mayor orden, diremos que el Dios de las Televisión, en su suprema perfección, ha elegido el mejor plan posible, donde hay la mayor variedad de programas con el mayor orden, y todos informan, entretienen, divierten y distraen de forma absoluta.

Por desgracia, siempre habrá un Voltaire cascarrabias que diga que el terremoto que arrasó Lisboa en 1755 demuestra que no vivimos en el mejor de los mundos posibles. Es cierto que, por un módico precio, tenemos a nuestro alcance docenas de canales que salen de nuestros televisores como conejos de colores de la chistera de un mago, pero eso no significa que vivamos en el mejor de los mundos audiovisuales posibles. ¿Qué pasa con los “terremotos”? Es decir, ¿qué pasa con los horribles programas de vídeos con accidentes y desgracias? ¿No es “El diario de Patricia” un terremoto que debería sacudir nuestra conducta cada vez que nos golpea con su espeluznante comercio de las desgracias más íntimas? ¿No destruyen por la noche los programas de cotilleos todo lo que la escuela construye por la mañana? Voltaire escribió su *Poema sobre el desastre de Lisboa, o examen de este axioma: “Todo está bien”* porque no entendía cómo es posible que las leyes del movimiento provoquen desastres tan espantosos en el mejor de los mundos posibles. A lo mejor Voltaire podría escribir hoy un poema parecido sobre Iker Jiménez y su “Cuarto milenio”.

Por mucho que se empeñe Leibniz, no vivimos en el mejor de los mundos audiovisuales (ni de otro tipo) posibles. Pero la televisión puede, y de hecho lo hace, informar, entretener, divertir y distraer en las proporciones antes citadas. Se suele considerar que la función de la tele es entretener y divertir. Eso es lo que pretenden conseguir los programas llamados “de entretenimiento”. Al margen de estos programas estarían los programas informativos y los educativos, cuya misión sería informar y educar. Admitir esta clasificación de géneros y cometidos es caer en una de las trampas



más grandes del medio televisivo. En realidad toda la televisión entretiene, informa y educa en alguna medida.

En efecto, un programa que se dice de entretenimiento puede pretender entretener pero no conseguirlo (a mí “Gran hermano” me parece el colmo del aburrimiento). A la vez está informando (cualquier antropólogo aprendería mucho de un país viendo los programas de entretenimiento que emite y comparándolos con los de otro país). Y, por supuesto, cualquier programa está siempre, siempre, educando. Separar en televisión educación y entretenimiento sirve para hacernos creer que los programas educativos son aburridos y que los programas de entretenimiento no educan. Ambas afirmaciones son falsas.

Puede que “Gran hermano” no pretenda ser educativo, pero lo es. Otra cuestión es que enseñe cosas buenas o malas, pero siempre enseña valores, conductas, gustos, actitudes ante la vida. “El diario de Patricia” dirá que se lava las manos porque no pretende educar a nadie, sino sólo entretener, pero está educando a toda una generación de jóvenes mostrando lo guay que es ser un tipo raro, tener 150 peircings, gastar todo el dinero en hacerse tatuajes por todo el cuerpo, ser un esclavo de la moda, mostrarse orgulloso de comer sólo merengue y pesar 150 kilos o haber dejado embarazada a la amante del hombre con el que su madre engañaba a su padre.

En fin, que Jorge Javier Vázquez, Yola Berrocal, los concursantes de “Gran hermano” y tantos y tantos otros son modelos de conducta que educan a todos aquellos que los ven y se dan cuenta de que viven muy bien, no trabajan demasiado (o nada) y ganan mucho dinero. La televisión es, nos guste o no, 100% de todo.

- 9 La afirmación “toda la televisión entretiene, informa y educa” vuelve a parecerme exagerada, ya que muchísimas veces aburre, desinforma y maleduca. Y el matiz “en alguna medida” no contribuye a mejorar las cosas, puesto que transforma la exageración en vacua tautología: cualquier cosa provoca “en alguna medida” cualquier otra. No obstante, pienso que en parte aclaras y rebajas algo el alcance de tu afirmación cuando más adelante admites indirectamente que algo puede educar (entretener, informar...) bien o educar (entretener, informar...) mal. Estás dando suficientes pistas a nuestros lectores en esta entrevista para que deduzcan**

qué diferencias hay para ti entre “lo bueno y lo malo”. Que la televisión es o puede ser un fabuloso escaparate que nos muestre al mundo y que sobre todo nos lo acerque, parece evidente (“el televisor es la barraca de feria donde el pueblo viene a ver las maravillas del mundo”, dijo el escritor polaco Kazimierz Brandys). Ahora bien, esta apertura televisiva al cosmos parece esconder una clausura más importante y esencial. Los españoles ven de promedio varias horas de televisión al día. Es tiempo en el que no se lee, se piensa más bien poco, se está expuesto a todo tipo de sandeces y, lo que es quizá más importante, no se habla: “ Los matrimonios jóvenes no se imaginan lo que le deben a la televisión. Antiguamente había que conversar con el cónyuge” (Isidoro Loi). Pues bien, ¿ganaríamos más que perderíamos si apagáramos la televisión?

Apagando siempre perderíamos. Nosotros no defendemos apagar la tele, sino saber encenderla. El espectador debe saber lo que quiere ver antes de pulsar el botón. Para ello debe conocer la oferta y escoger según sus intereses, no los de la industria. La programación televisiva sí que un asunto de interés general, debería ser divulgada con detalle y su emisión exacta ser de obligado cumplimiento. El tren sale a su hora y cada programa debe empezar a la suya. Sin incumplimientos ni contraprogramación (que deberían sancionarse). Si no, el espectador pierde capacidad real de escoger qué ve. Hasta hace poco las cadenas tenían que hacer pública su programación con once días de antelación. Ahora consiguieron no tener que hacerlo hasta tres días antes de la emisión. Cuanto menos sepan los espectadores sobre lo que se emite en cada momento y a qué hora exacta empiezan los programas, más continuarán aceptando la estúpida costumbre de sentarse no a ver determinado programa, sino a “ver la tele” (o, como decimos todos, a “ver qué echan”). Encender la tele, hacer zapping a “ver qué echan” y tener que decidir cuándo apaga uno la tele es la victoria de la industria y la derrota del espectador. Encendamos la tele todo lo que deseemos, pero cuando nos convenga a nosotros, no a ellos. ¿Quedará alguien que pueda ver lo que quiere en hora de máxima audiencia? ¿Conocemos a alguien que de verdad sea capaz de hacerlo cada noche y no desespere en el intento?



10 En mi opinión, una de las tragedias de nuestra época es que los interlocutores públicos, los que aparecen “al otro lado” de los medios de comunicación, en especial de la televisión, siempre necesitan de las masas. Así, políticos, periodistas, y artistas, por ejemplo, no son nada sin los votos, las audiencias o los espectadores. Si nuestros interlocutores nos necesitan no menos que nosotros a ellos es evidente que ni fomentarán en nosotros un ejercicio de autocrítica ni nos criticarán. Con la televisión llena de guiñoles que se dedican a hacernos la pelota para llevarnos a su parroquia, ¿de dónde saldrá, querido Antonio, un impulso transformador de la sociedad, siquiera mínimo? Con tantos sobándonos el oído para mantener el negocio, ¿tendremos salvación sobre la Tierra?

Como da pereza responder a esta cuestión recurriendo a la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, vamos a fijarnos en una curiosa coincidencia: en este esquema que presentas en el que por un lado están los políticos, periodistas y artistas, y por otro los votos, las audiencias y los espectadores, pueden añadirse los profesores y los alumnos. ¿Qué tiene el sistema educativo que hace que no reneguemos de él y qué tiene el medio televisivo que nos hace verlo con tal desesperanza? ¿Son realmente tan distintos? ¿Por qué nos parece bien que el Estado obligue a un ciudadano a estar encerrado seis horas al día en un centro educativo hasta los 16 años y nos parece desaconsejable que le obligue a ver determinado programa de televisión porque nos suena a fascismo? ¿Es más libre el ciudadano que, como media, ve más de tres horas y media de televisión al día, como hace todo hijo de vecino? ¿Es cierto que la tele es sólo un medio de entretenimiento que no educa ni debe ser regulado como medio educativo y que la escuela es un medio educativo y que, por tanto, es necesariamente aburrida porque educación y entretenimiento se excluyen mutuamente? ¿Debemos excluir las gominolas del sistema de control sanitario de los alimentos porque su finalidad no es alimentar sino divertir?

Respecto al impulso transformador de la sociedad, sin duda el sistema educativo debería tener mucho que decir y no vemos por qué la tele no podría colaborar en la medida en que es un sistema educativo que no llega a un limitado sector de la población (los más jóvenes) sino a todo el mundo. El Estado paga un costosísimo sistema educativo en el que unos profesionales (maestros y profesores) reciben el encargo de enseñar determinados contenidos que la sociedad considera valiosos. Estos profesionales se esfuerzan en que sus alumnos “se quiten de en medio” cuanto antes y pasen de curso, siguiendo un camino hacia delante que la sociedad considera que los hará mejores. ¿Por qué el Estado no puede mantener una televisión pública con una



finalidad semejante? ¿Tan cara resultaría? ¿Más que una escuela, un instituto o una universidad? ¿Canal Historia, Discovery Channel o Documanía deben estar sólo al alcance de quien pueda pagarlo mientras los ciudadanos con menos recursos están condenados a mirar quién baila?

Un profesor no pretende “fidelizar su audiencia” y mantenerla embobada ante sí curso tras curso, sino impulsar y abrir horizontes. ¿Por qué TVE sí lo pretende y encima nos cuesta dinero? Todo profesor querría que sus alumnos, una vez que lo dejaron atrás, siguiera interesado por seguir aprendiendo sobre los asuntos que él les enseñó. ¿Por qué el Estado pretende fomentar este interés entre los jóvenes y lo convierte en tarea imposible en los adultos? ¿Por qué a todos nos gusta discutir –legítimamente- hasta la última coma los contenidos que el Estado establece para cada asignatura pero nos parece un sacrilegio discutir sobre los contenidos televisivos y preferimos dejarlos en manos de las empresas que los manejan y proclaman a los cuatro vientos que lo mejor es la autorregulación y que las dejemos hacer lo que les da la gana?